



CAMINO A EDESA

Marta Álvarez Maesa

CAMINO A EDESA



Primera edición: mayo 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Marta Álvarez Maesa

ISBN: 979-13-87814-26-7

ISBN digital: 979-13-87814-27-4

Depósito legal: M-10953-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A quienes quiero...
A quienes me quieren...
A quienes lo lean...

PRIMA PARS:
CAMINOS ABIERTOS

*Estad vigilantes pues no sabéis cuándo
ni dónde.*

I

El sol caía sobre Edesa. El corazón del reino de Osroene ralentizaba su ritmo vital al compás de las últimas luces del atardecer.

Abgar contemplaba el adormecer de su ciudad a través de los ventanales de sus estancias privadas. La imagen de Edesa navegaba por el Scirtos ofreciendo, a quien se asomara a sus aguas inquietas, reflejos cambiantes y contrastes sutiles que hechizaban y apasionaban como una piedra preciosa en espera de ser pulida. Así, la envoltura rústica de casas y edificios convivía en armonía con el pulcro trazado de sus calles, de perfiles rectos, ordenadas y orientadas hacia los cuatro puntos cardinales.

Abatido por profunda melancolía, el monarca dejaba vagar su mirada por los últimos movimientos del anochecer en sus calles, y esperaba ver aparecer las luces lejanas de las aldeas dando por terminadas las faenas en las tierras de labor y en las granjas. Trataba de disipar las tinieblas de su alma entreteniéndole su mente en el juego de identificar, por el entramado de casas, aquellas pertenecientes a los ricos terratenientes, que se iluminaban como ascuas de vida en medio de las tinieblas de la noche, mostrando, arrogantes, las hechuras primorosas de sus patios y las líneas perfectas de sus plantas, protegidas por planas techumbres.

Pensaba, viendo vivir a su pueblo, que su reino merecía un rey fuerte y poderoso, un gobernante sabio y justo que estuviera a su lado con la majestad del león, no en vano la dinastía de Aryu, a la que pertenecía, aludía en su nombre al soberbio animal, y no al despojo humano en que se había convertido.

El consejo de ancianos y los archones, administradores de los distritos, no eran ajenos a lo que ocurría en palacio y evidenciaban, desde hacía tiempo, que algo les era ocultado a sus miradas. Largos meses habían transcurrido sin ser convocados en audiencia; Abgar se limitaba a comunicarse con ellos a través de emisarios y embajadores en un precario intento por mantener la moderación y la paz en el gobierno. La realidad de su enfermedad se guardaba, pues, en secreto, mas, ¿cómo retenerla en el silencio?, ¿cómo esconderla en el tiempo si

contemplaba los estragos del mal en su piel avanzando inexorables? Su cuerpo se iba pudriendo poco a poco, sin remisión, sin remedio humano...

Al concluir la puesta de sol, el aire de Edesa y las estancias del monarca se habían inundado de oscuridad. Varios sirvientes hicieron su aparición, prestos a implicarse en la habitual rutina de prender el aceite de las lámparas, tarea completada con la cubrición de celosías de filigrana que creaban la ansiada penumbra, temeroso el rey de la luz clara y rotunda.

Se apartó del ventanal y se acercó a su mesa de trabajo dejándose caer con pesadez sobre el asiento que había junto a ella. Los criados depositaron las bandejas con los platos de la última comida del día en una tarima contigua a la mesa. Abgar lo agradeció en silencio con un parco gesto, sin la menor intención de acercarse a ellas, y los sirvientes, tras la acostumbrada reverencia, se marcharon. A la tenue luz de las lámparas veladas comenzó a leer uno de los muchos pergaminos que se extendían, desordenadamente, sobre la mesa.

Sin previo aviso, en la quietud de la estrenada noche, las puertas de bronce del ala privada se abrieron, penetrando en ella, con decisión, un hombre joven de tez morena y aspecto vigoroso. Se detuvo un instante en el umbral con la intención de acostumbrar sus ojos a la penumbra. La suave y tamizada iluminación deformaba las siluetas de cuanto se disponía alrededor de los focos de luz, y las sombras, inestables y temblorosas, llenaban de misterio la atmósfera.

El joven emisario encontró a su rey sentado a la mesa, intentando descifrar la escritura de uno de los rollos ante una tímida llama. Abgar, al notar una presencia observándole desde las sombras, alzó la mirada. No tardó en reconocerlo.

—Hannán —musitó, impresionado, como si no creyera posible hallarlo ante sí—. Has vuelto...

—Cumpliendo los mandatos de mi señor —saludó el escriba inclinándose con reverencia.

El rey sonrió bajo las vendas. La satisfacción de ver a su escriba se enredó con una intensa y repentina amargura. No podía salir a su encuentro, no podía manifestarle cuán agradecido estaba; hubo de contenerse, hubo de quedarse anclado en el asiento, alejando su corrompida piel de la limpia y sana del joven.

—¿Sabes, mi buen amigo?, esta enfermedad maldita no solo va a acabar con mi carne y mis huesos, sino con mi vista también —le dijo, agitando el pergamino que tenía en la mano—. Esta penumbra está debilitando mis ojos por días...

—Mi señor no debería ocultarse —repuso Hannán.

Abgar le hizo una seña indicándole que se acercara, al tiempo que se giraba en su asiento. El emisario obedeció sin asomo de duda.

—Pocos hombres son capaces de tu osadía, Hannán —dijo, al verlo avanzar—, ante la lepra, hasta héroes y dioses corren despavoridos.

—Prefiero morir con lealtad que vivir con la deshonra de la cobardía —proclamó el árabe.

El rey bajó la mirada hacia sus escritos.

—No encontraría sobre la Tierra quien me sirviera más fielmente, por ello me atormenta que mis hombres más valiosos hayan de sucumbir a la muerte por seguir mis mandatos.

El escriba llegó hasta el filo mismo de la mesa.

—La vida forma parte de la muerte como la muerte de la vida, y sus designios no están en la mano de mi señor Abgar, aunque así lo crea.

Una risa clara sacudió la penumbra de la estancia disipando por unos instantes las sombras.

—¡A pesar de tu juventud y das lecciones a un rey, mi buen Hannán! Vamos, siéntate, no demoremos tu relato. Anhelo los detalles de tus pesquisas acerca del rabí de Galilea.

Con una mano cubierta de vendas le señaló el banco situado al otro lado de la mesa. Hannán la bordeó y se sentó frente al monarca.

—No recuerdo cuánto tiempo hace que marchaste...

—Tres meses, mi señor.

—Ah, sí, cierto —musitó Abgar—. Pierdo la noción del tiempo —observó, con pesar—. ¿Qué ruta has seguido? —quiso saber.

—He recorrido Galilea —explicó el árabe mirando al rostro vendado del monarca—. El entorno del lago de Genesaret, sobre todo.

—Y... ¿lo encontraste?

La voz de Abgar se tiñó de ansiedad. El escriba sonrió.

—No fue difícil dar con él. Allí todos lo conocen. Pude fundirme con la muchedumbre, la que le sigue día y noche en su peregrinar por las aldeas del lago.

—Y, ¿cómo es, Hannán?, ¿cómo es el rabí?

El joven árabe quedó inmóvil, un instante, en el esfuerzo por recuperar cuanto había vivido, cuanto había sentido...

—No te inquietes por las palabras —lo ayudó Abgar—, has de relatármelo con la verdad, aunque ella suponga el fin de mis esperanzas. No temas, por tanto, defraudarme o decepcionarme.

Hannán cruzó los brazos sobre la mesa. Su mirada, de ojos negros, adquirió profundidad.

—Es un hombre distinto —comenzó, recalcando las palabras—. Destaca entre el gentío, aunque una mirada rápida no pueda revelar el porqué. Cierto

es que sobresale en altura, y su figura es fuerte y recia, dado que muchas millas recorre en su predicación, y su niñez y juventud fueron talladas por el duro trabajo de *tektón*, pero has de acercarte y observarle para percartarte de cuán diferente es. Su porte, su actitud, su manera de mirar, de tratar y dirigirse a la gente, lo distinguen.

—¿Y qué escuchaste de sus labios?

—Habla sin miedo de un reino nuevo, el reino de un dios que es solo de amor. Y revoluciona el pensamiento llamándolo Abbá —explicó el árabe, mostrando su asombro—. Es difícil que los oídos entiendan y las mentes acepten, pero los corazones se conmueven, y resulta penoso alejarse de él.

—El Sanedrín recelará —apuntó Abgar, atento—. Tampoco a los romanos les complacerá el sonido de palabras como «nuevo reino».

—Así lo creo, mi señor —convino Hannán—. Y más aún porque sus ojos y sus manos se posan en pobres y miserables. Asegura, sin cesar, que ha venido a sanar, a dar vida en lugares de muerte. No teme a nada, y entra en las casas de los fariseos como en las de los publicanos, habla con romanos y gentiles, trata con mujeres, incluso meretrices, las defiende e instruye, y he podido comprobar que cuenta con un nutrido grupo de hebreas entre sus discípulos más cercanos.

Abgar se repanchingó en su silla mientras se acariciaba el mentón, enfundado en vendas, con aire pensativo.

—Mas..., ¿es poderoso?

Hannán creó el silencio justo, cuidado y expectante, aguardando al momento propicio, que no tardó.

—No teme acercarse a los enfermos, ni siquiera a los leprosos...

El monarca de Edesa desvió la mirada, que vagaba entonces por la habitación, y la clavó, de golpe, en los jóvenes ojos oscuros de su escriba.

—Lo he visto hablar con leprosos, y tocarlos.

La respiración de Abgar se tornó ahogada. Hannán tragó saliva, como si esta llevara tierra, pero se mantuvo firme y confiado ante la muda pregunta.

—Mis ojos no han visto ninguna curación, mas he conocido a quiénes aseguran haberla vivido. Un samaritano entre ellos. Le salieron al paso por los caminos, él y otros leprosos.

—Le salieron al paso... —repitió el monarca, como masticando las palabras.

—Y afirmó ante mí que todos sanaron.

Abgar se levantó; sus desgastados huesos parecían haber rejuvenecido, de golpe, decenios. Comenzó a pasear por la habitación haciendo volar su manto y su túnica, frotándose con ansiedad las manos, rígidas y reseca por las vendas;

los ojos le brillaban intensamente, convencido y esperanzado como no lo había estado desde que descubrió la amenaza de la temible enfermedad en su piel.

—Voy a enviarle un mensaje —anunció—. Le rogaré que venga a Edesa, lo acogeré como mi huésped, a él y a sus discípulos, y a todo aquel que se disponga a acompañarlo, sin importar número, ni condición...

Y sus ojos se volvieron hacia su escriba, quien los contempló febriles.

—Ha de librarme del mal...

—Disponed de mis manos, prestas a vuestro mandato.

—¡Ahora mismo, Hannán! —le instó—. Sírvede del instrumental y comienza a escribir lo que voy a dictarte...

En su alma habían despertado un ardor y una emoción que no había creído posible, y recorría la estancia a grandes zancadas, preso de una inusitada agitación.

—Y has de ser tú mismo quien entregue la carta al rabí.

Hannán le previno.

—Sería de considerar llegar al Galileo a través de un intermediario, alguien de probada lealtad.

Abgar se detuvo.

—Quizás..., quizás tengas razón... —murmuró.

—No me fío en demasía de sus hombres, ante mis ojos se han mostrado toscos e incultos. Galileos y judíos obtusos e intransigentes, rechazan a todo gentil por el mero hecho de serlo; además, entre la variopinta muchedumbre que lo persigue he identificado grupos peligrosos, indeseables, podría asegurarse que tanto a bandidos como a zelotes he visto rodearle y agarrar sus ropas. Si la carta cayera en manos equivocadas...

—Tu mente es ágil y prudente, Hannán —apreció—. Haremos pues lo que sugieres. Busquemos un mediador que gestione una entrevista con el rabí para que mi mensaje llegue directamente a sus manos. Y hemos de ser precavidos, sí —añadió Abgar, volviendo a surcar la alfombra que cubría el suelo, lentamente esta vez, al compás de sus palabras y de sus pensamientos—. Los romanos deben permanecer ajenos a todo esto; nos interesa preservar las buenas relaciones con el Imperio, su protección y connivencia son vitales para el comercio y la seguridad de nuestras rutas, y bien pudieran... inquietarse... si les llegaran noticias de que Osroene entra en contacto con un profeta judío que predica un nuevo reino de Israel. Encrucijada peligrosa, sin duda, en la que hemos de toparnos, a su vez, con el mismísimo Sanedrín.

—Tengo conocimiento de ciertos sacerdotes del Templo, fariseos por más señas, miembros del Consejo, que apoyan a Jesús. He oído nombrar a un pres-

tigioso sanedrita de Jerusalén, oriundo de Arimatea, como un fiel partidario del Nazareno.

Abgar levantó su mano derecha agitando el dedo índice en señal de aprobación.

—Sería una buena baza para nosotros contar con alguien así.

—Si me dais vuestra conformidad, podría marchar a Judea a buscar al sanedrita. Con el tiempo suficiente para disponer el encuentro, trataría de acordar una entrevista privada con el rabí. Por la Pascua, suele subir a Jerusalén...

—¡El momento idóneo! —proclamó Abgar, vivamente complacido, y, sin pensar, embargado por la emoción, se acercó al escriba y colocó sus manos sobre los hombros del joven. No tardó en percatarse de su imprudencia y se apartó, con alarma en los ojos; en los del emisario, sin embargo, no halló sombra de temor ni repulsión.

—El Galileo no muestra aprensión ante leprosos ni apestados, ¿por qué razón iba yo a tener miedo pues de mi rey? —manifestó Hannán.

El monarca de Edesa pensó, mirando a aquel joven, quien no hacía mucho tiempo caminaba con cadenas de esclavo en los pies, cuán difícil era encontrar un valor así entre los poderosos, qué lejos estaban los reyes y los príncipes de semejante dignidad.

—No perdamos tiempo pues, mi buen Hannán —le instó, con los ojos húmedos—. Escribamos al rabí de Nazaret, que si, por lo que veo, es capaz de infundir esa bravura sobrehumana en los espíritus, ¿por qué razón no alcanzaría yo de su mano la misma fe y coraje?

Y Hannán tomó el cálamo, dispuesto a configurar, sobre un pergamino, los caracteres en arameo que trasladarían la esperanza del señor de Edesa a un maestro de Galilea.

II

El trajín nocturno de algunos carros, que transitaban por las calzadas empedradas contiguas a los Foros, atrajo la atención de Flavio, que, a paso rápido, se dirigía a la *domus* del senador Polión. La oscuridad de la noche se iba extendiendo por la urbe, pero la enorme luna llena en el cielo de Roma iluminaba los pasos de los viandantes que aún surcaban las aceras.

Tras un fuerte crujido de maderas, un carro se detuvo a escasos metros del apurado romano. Un hombre, robusto, ataviado con túnica corta, saltó de él y corrió hacia la rueda trasera izquierda. Al agacharse junto a ella emitió un gruñido, y una larga retahíla de palabras salió por su boca. Aun sin hablar latín, no le resultó difícil al romano imaginar qué tipo de imprecaciones expulsaba su garganta, y más, al verle patear con furia la malograda rueda. Dudó si detenerse, ya llegaba tarde, además, temía estropearse la toga si acudía en su ayuda.

Por entre las sombras de la noche, conforme se reducía la distancia que lo separaba del carro, fue distinguiendo las siluetas de un buen número de ánforas de vino rotas sobre las piedras de la calzada. El penetrante olor que impregnó el aire le confirmó la calidad de la mercancía. Cuando llegó a su altura se detuvo, y observó los improbables esfuerzos del mercader por recolocar la rueda.

—¿Precisas ayuda? —le preguntó, dudando de sí mismo.

El hombre se levantó del suelo, volviéndose hacia él con un movimiento brusco. Flavio no estuvo seguro de que lo hubiera entendido.

—No. Agradecido, romano —respondió el comerciante en un latín recio pero inteligible.

—Siento el contratiempo, parece un buen vino...

—¡De lo mejor! —exclamó el mercader, y resopló ante las ánforas rotas sobre el adoquinado—. De Hispania, un espléndido vino de la Bética.

—¿A dónde te dirigías?

El comerciante miró con desconfianza al romano, pero este aguardó, seguro.

—A la casa del senador Publio Asinio Polión. Un encargo especial. Me lamento de mi desgracia no solo por la rueda, sino porque seré yo quien habrá de compensar la mercancía desperdiciada.

Flavio esbozó una sonrisa.

—¡Los dioses te asisten, mi buen amigo! Fortuna ha tenido a bien pasar por tu lado esta noche: yo también me dirijo a su *domus*. Conozco al senador. No temas, enviaré sirvientes para que te auxilien. Y en cuanto a las ánforas rotas, aseguraré que te asaltaron y que yo mismo he sido testigo de ello.

El mercader no apartaba los ojos de Flavio mientras se mesaba la barba oscura con expresión de incredulidad.

—Eres extraño, romano. ¿A qué preocuparte por la desgracia ajena?

—¿Cuál es tu nombre, mercader?

—Amós.

—Yo, Flavio Mecenaz. Si esperas aquí, por mi honor que te llegará la ayuda.

—Sea verdad o mentira cuanto dices —y gesticuló con aparente desgana—, nada puedo hacer yo, a menos que los cielos hicieran de mis manos y espaldas las de diez hombres.

—Tienes mi palabra, Amós. Que los dioses te guarden.

—Si es que cumples, romano, espero que tus dioses me permitan algún día devolverte el favor.

—Quién sabe, amigo, quien sabe...

Sus palabras se fueron perdiendo en el aire helado de la noche conforme se alejaba, acelerando el paso por la acera.

Tras cubrir los metros que restaban para terminar la calle, giró la esquina y tomó la contigua, más ancha e iluminada, que se abría en dirección este. Hacia su mitad se erigía la *domus* del senador Polión. Aliviado, se detuvo ante ella. Se recolocó la toga, ligeramente desplazada del hombro, y cruzó el vestíbulo con decisión hasta llegar a la puerta. Llamó. Los golpes del anillo familiar que llevaba en el dedo índice de su mano derecha, sobre el metal del portón, resonaron en el aire. No tuvo que esperar, los batientes se abrieron de inmediato y hallóse frente a un rostro conocido.

—¡Mi señor Flavio! ¡Cuánto alegra a mis ojos verle de nuevo en esta casa!

El romano sonrió al anciano y escuálido sirviente y le puso una mano en el hombro.

—Para mí es también muy grato, Tirio; pocas personas muestran tanto entusiasmo de encontrarse conmigo como tú.

—¡Oh, mi señor Flavio siempre anima el corazón de este viejo! —expresó, sincero, el esclavo, dejando al descubierto una boca sin dientes—. Bien lo sabe,

desde que era un niño y correteaba con la niña Asinia, y con Cayo, ¡mi pobre Cayo! Pero, pase, *domine*, pase, le están esperando... —el sirviente se detuvo mirando detrás de Flavio—. ¿Cómo, no ha venido en litera?

—Ya sabes, me mareo —y le guiñó un ojo. El esclavo no reprimió la risa—. Preciso que me hagas un favor, Tirio, y que lo guardes en secreto —le confió Flavio, susurrando, al tiempo que se adentraban en el atrio de la casa.

Los ojos diminutos y pálidos del anciano brillaron.

—Eso me agrada —confesó el sirviente musitando en el mismo tono.

—Un mercader que traía vino de Hispania a la casa, ha sufrido un percance en la calle paralela, la rueda de su carro se ha salido del eje y ha volcado, precisa ayuda...

Los ojos de Tirio intensificaron su brillo, y los labios en su boca desdentada se estiraron.

—Sabré cómo solucionarlo, *domine* —aseguró el criado, y una risa ronca y amortiguada salió de su garganta.

Flavio, en cambio, se echó a reír con sonoras carcajadas.

—¡No hay hombre más dispuesto y leal, Tirio! Te debo una..., bueno, una más...

—Siempre al servicio de mi señor Flavio —y se inclinó ante el patricio con deferencia.

El sonido de unos pasos y la sensación de una presencia hicieron desviar la atención del romano y del sirviente hacia la cisterna. Una mujer se hallaba junto al *impluvium*.

—Nunca he llegado a entender la debilidad de Tirio por este Mecenas —expuso la voz clara y segura de ella en marcado tono de reproche—. Y, aún hoy, sigo sin entenderlo, pues es un desconsiderado y un petulante que osa llegar tarde a una cena que ha sido preparada especialmente en su honor.

—¡*Domina!* —exclamó el sirviente, dando muestras de nerviosismo. Al verla acercarse, se inclinó ante ella.

—Retírate Tirio, no quiero ni imaginar lo que tramabas con este indigno romano —le reprendió Asinia, severa, sin concederle la justificación e insistiendo en despedirlo con brusquedad.

Cuando se hubieron quedado solos en el atrio, la mujer caminó hacia Flavio y lo fue rodeando contoneándose cadenciosamente.

—No debes pagarlo con el pobre Tirio.

Ella chasqueó la lengua.

—No estás en posición de ordenar nada, de hecho, no sé si podré perdonarte el desplante, Marco Flavio. Cada día te muestras más díscolo —le recriminó,

al tiempo que pasaba la mano por sus modelados hombros—. Espero que tengas una excusa acorde a la ofensa.

—Ha sido Flavia... —comenzó a explicar—. Ella...

Asinia se detuvo y, plantándose ante él, colocó el dedo índice de su mano derecha sobre sus labios. Entornó los ojos mostrando desaprobación.

—No puedo creer que vayas a usar a tu propia hermana de escudo. A ver, cobarde, ¿qué le pasaba a Flavia? —inquirió, susurrando, acercando su rostro al de él.

—Quería venir a la cena —le respondió, agarrándola por la cintura y atrayéndola hacia sí.

—¡Oh! ¿Y por qué no la has traído? —replicó Asinia, cambiando radicalmente el tono y separándose de él—. ¡Pobrecilla, se habrá sentido desairada! —se lamentó, clavándole sus grandes ojos azules—. Ha sido un fallo imperdonable no haberla invitado, ya tiene edad.

—¡Vamos, Asinia, que no te perturben sus niñerías! —dijo, con una mueca de hastío en los labios—. Bien conoces el carácter irritable de Flavia, debe aprender a aceptar que cada cosa tiene su momento —añadió el romano, en tono paternal, al tiempo que avanzaba, decidido, hacia ella, en un intento por volver a rodearla con sus brazos. Asinia se escabulló.

—No..., hasta que me compenses por tu tardanza...

—Y ¿cómo debo hacerlo?

—Eso es cuestión tuya, arrogante patricio —le retó, altiva, caminando hacia el peristilo que se abría tras el atrio. Flavio la siguió.

El contemplarla paseando bajo el pórtico hizo que deseara transformarse en una de aquellas columnas toscanas que lo sostenían; Asinia las iba acariciando con sus brazos y rociando de sensualidad con sus caderas. La luz de la luna parecía celosa de las columnas y buscaba escurrirse por el pulido mármol de sus fustes pujando por tocar la piel clara de la romana.

Flavio fijó toda su atención en ella. Le pareció especialmente hermosa aquella noche. Llevaba una túnica blanca, muy ligera, de seda, a pesar del intenso frío, y por entre sus pliegues se dibujaban las líneas de su esbelto y proporcionado cuerpo. Un cordón dorado, tan brillante como las orlas sinuosas que decoraban la túnica, se enrollaba en torno a sus caderas y bajo los senos. La suntuosa prenda no tenía mangas por lo que dejaba al descubierto sus brazos, en los que lucía sendos brazales de piedras azules y nácar. Un complicado peinado de trenzas recogía su cabello rubio. Pero a Flavio le apasionaba su rostro, estaba seguro de poder pasar toda una vida mirándolo. Recordaba sentirse atrapado en cada uno de sus rasgos desde que era un niño; Cayo se reía y burlaba

a menudo al descubrirlo ensimismado contemplando a su hermana. Ese rostro le parecía perfecto, el más bello y armonioso del mundo.

—Ni la diosa Venus te haría sombra, Asinia —dijo Flavio, de repente.

La joven se detuvo junto a una columna, se volvió, despatocó, y, mirándolo, sonrió. La voz de Flavio había sonado tan sinceramente apasionada que la romana de estremeció de placer.

—Está bien, te perdono —y sus labios dibujaron una sonrisa maliciosa—. Y, ahora, abrázame, ¡estoy helada! —y se arrojó en sus brazos buscando el calor de su cuerpo.

—Pero, ¿por qué no llevas el *palium*, querida mía? —la cuestionó Flavio, riendo, mientras la estrechaba con fuerza contra su pecho.

—Quería que me viesen hermosa, que apreciaras mi nuevo atavío. Te habrás percatado de lo preciosa que es mi túnica, ¿verdad? Mi padre la ha hecho traer expresamente de Oriente para mí.

—Ante mis ojos siempre estarás espléndida, Asinia, y lo sabes. Aunque decidieras llevar un saco.

Ella emitió una risa suave sin mover un solo músculo, permaneciendo abrazada a Flavio.

—Eso es una tontería, ¿acaso te enamorarías de una mujer poco agraciada, o miserable, sucia y maloliente?

Flavio se prestó a la réplica, pero Asinia no se lo permitió. Se apartó con un suspiro y lo miró.

—Yo creo que sí podría enamorarme de otro hombre —planteó, provocadora—, uno más rico, más poderoso tal vez, mas ninguno de los romanos es como mi Marco Flavio, que me adora, y eso me complace más que nada...

Se inclinó hacia ella buscando sus labios, pero Asinia se retiró, sabiendo que lo tenía completamente entregado, en sus manos, la forma y el lugar que ella ansiaba.

—¡Mi padre nos espera!

Flavio aceptó con una sonrisa, y dirigieron sus pasos hacia el *triclinium*, donde aguardaban los senadores.

—Ahora que me fijo, ese collar que llevas no me agrada...

Asinia se detuvo, alarmada, llevándose las manos al cuello cubierto por un alto collar de cuentas azules.

—¡Son turquesas! —exclamó, agraviada—. De Nubia.

—Ya veo, tu padre las ha hecho traer, expresamente...

Un destello de rabia azul cruzó por los ojos de Asinia.

—No me gusta ese tono, romano.

Flavio reprimió la risa.

—Me parecen de perfecta factura, y hacen juego con tus ojos, mi Asinia, mas... esconden ese cuello que me fascina y no alcanzo a verlo, ni tocarlo...

La hija del senador cambió la expresión del rostro a la velocidad de un rayo, y con un movimiento impregnado de coquetería se pegó a él, rozándose sugerente, y le susurró:

—Bueno, si te quedas esta noche, quizás...

Flavio sonrió y le hizo un guiño.

Acercándose a la entrada del *triclinium* se irguieron, adoptando el porte digno y arrogante que se esperaba de ellos en ocasiones tan solemnes.

—Tu padre renegará de mí por llegar tan tarde. ¿Están todos los magistrados? —inquirió Flavio, en voz baja, ya en el umbral de la puerta—. Pensarán que soy un vulgar borracho que me presento directamente en la *comissatio*...

—Te he mentido, Mecenas, los senadores acaban de llegar, a la hora convenida. La cena está a punto de comenzar.

Flavio la miró con fingida fiera, entrecerrando los ojos.

—Te voy a matar, Marcia Asinia, ¿a qué, entonces, semejante drama?

—Me gusta jugar contigo, ya lo sabes. ¡Y entremos ya, o se me quedarán congelados los pies para siempre!

El calor de la estancia fue acogido por Asinia y el oficial romano como un regalo de los mismos dioses. Un sirviente se acercó a Flavio con la intención de recoger su toga, mas rechazó el ofrecimiento pues demasiado frío sentía aún en los huesos.

La animada tertulia, en la que parecían estar enfrascados los seis magistrados, se vio interrumpida por uno de ellos al percatarse de la presencia de Asinia y Flavio en la estancia. Este llamó la atención de los demás senadores y de sus esposas y se dispuso a hacer las presentaciones.

—¡Mecenas, el *Joven*! —exclamó Polión abriendo los brazos y acercándose a él.

—Senador —saludó Flavio; una inclinación de cabeza primero, y el abrazo que le ofrecía Publio después.

—Este oficial romano, amigos míos, es Marco Flavio Mecenas, *cognomen* que ostenta con orgullo pues descende del fiel compañero del gran Augusto, como también lo fue mi padre, Cayo Asinio Polión. Una nueva generación de la nobilitas que se presenta como digna servidora del emperador y del pueblo de Roma.

Sonoros aplausos prorrumpieron entre los senadores y sus esposas. Polión parecía estar buscando el agasajo como un alimento más de la cena.

—Es de ley, y una responsabilidad para mí, entroncar dos grandes familias en una sola dinastía, para la gloria del Imperio —continuó el senador, con teatralidad, animado por la expectación del auditorio—. Desposar a mi querida hija Asinia Polia con Flavio Mecenas permitirá que las líneas sucesorias de los amigos de Augusto continúen sólidas y poderosas en Roma.

Nuevos aplausos alabaron el anuncio de Publio. Asinia sonreía, encantada, recibiendo las felicitaciones de las nobles patricias. Flavio, por el contrario, se revolvió incómodo; detestaba lo que él consideraba una pantomima más del senador, y aun sabiendo que debía esforzarse por corresponder a sus expectativas y a las de aquellos magistrados, la náusea se le hincaba en el estómago impidiéndole actuar con naturalidad. Publio, en cambio, se conducía con soltura, y nadaba en aquella marea como pez en el agua; exhibía a Flavio como una adquisición, como un magnífico ejemplar con el que alcanzaría la victoria en la próxima carrera.

—Y, dínos, Mecenas —lo abordó el senador Cayo Plauto—: ¿cuáles son tus aspiraciones? A parte de emparentar con una gran familia romana...

Flavio miró al viejo patricio con cautela, era evidente que la carga de sarcasmo de sus palabras pretendía aplastarlo. Su padre le previno durante años sobre Plauto: «Mantente lo más lejos posible del *chacal*, demasiadas intrigas a sus espaldas, y en ninguna se ha mostrado compasivo».

—Seguir los pasos de mi padre y acceder a la magistratura —respondió Flavio, fijando sus ojos oscuros en los afilados del senador.

—Sabemos de tu rango de tribuno en la Augusta, muy meritorio, sin duda, mas... de todos es conocido cuánto ha jugado a tu favor el patrocinio de Licio Celso —juzgó Plauto, desdeñoso—. Y, ¿pretendes abandonar a tus hombres de la VIII legión por el banco del Senado?

Flavio contuvo la instintiva reacción de saltarle a la yugular al viejo carroñero. Inspiró, lenta y profundamente, buscando tiempo y espacio para la templanza y la adecuada réplica, sin embargo, Publio le salió al paso.

—Mi futuro yerno está a punto de abrazar un nuevo destino —declaró el senador.

Flavio exhaló con alivio. Exultante, miró al rostro perfectamente rasurado y sin arrugas de Publio. Sus ojos azules, tan expresivos como los de su hija, lo contemplaron con teatral orgullo.

—Durante la cena —se limitó a decir en respuesta a los anhelos de Flavio por escuchar el anuncio de sus labios—. Y, ahora, ¡comencemos con nuestro banquete, o se nos va a hacer de día!

A unas palmadas de Asinio Polión varios criados hicieron su aparición en la estancia portando las bandejas con los entrantes. Los comensales se apre-

suraron a ocupar sus respectivos triclinios en torno a la larga mesa. Flavio se ubicó junto a Asinia. Los flautistas, tras unos cortinajes transparentes, en una esquina de la sala, iniciaron su repertorio musical, adelantándose a su habitual intervención en la *comissatio*.

—Tú sabías todo esto, ¿no es cierto? —le preguntó el oficial romano.

Asinia sonrió, altiva.

—¿No he sido yo la que te ha convocado a la cena?

—Mas, no veo que haya venido Terencio, el censor —observó Flavio—.

¿Acaso me va a presentar tu padre el nombramiento sin su presencia para acreditarlo?

Ella le dirigió una mirada extraña.

—Mi padre ha removido cielos y tierra para ofrecerte este destino y hacer de tu carrera una catapulta hacia los más altos honores —repuso Asinia, con aire distraído, atendiendo a las coles, alcachofas y aceitunas que una criada le ofrecía en una bandeja—. ¡Repugnantes! —exclamó al olerlas—. ¡Apártalas de mi vista! —le ordenó a la esclava—. No entiendo cómo pueden apetecerle a alguien, pero cierto es que resulta elegante ofrecerlas en la *gustatio*, ¿no crees?

Flavio contempló a la joven con un repentino nudo en el estómago.

—¡Es de asunto trascendente de lo que estoy hablando, Asinia!

—Claro, querido, y yo... ¿Habéis preparado los huevos y los espárragos como os dije? —le preguntó a otro criado que se aproximó a ella portando otra fuente—. ¡Eso es, magnífico! Estuve dudando si ofrecer garum, pero a mi padre le provoca ardores; los huevos, en cambio, los digiere bien aun presentándolos muy especiados, ¡pruébalos Flavio! —lo animó Asinia, cogiendo uno de la fuente.

—No me interesa ahora la comida —dijo, arrastrando las palabras y rechinando los dientes.

—Relájate y disfruta de la cena, cariño. Te noto alterado. ¡Oh, las ostras! —exclamó, alborozada, al ver que una esclava se inclinaba ante ella ofreciéndole una bandeja repleta de ostras—. ¡Me apasionan!

Cuando Asinia se disponía a atrapar uno de los cotizados moluscos, la sirvienta, que se hallaba arrodillada ante su *domina*, perdió el equilibrio y, un movimiento incontrolado de las manos provocó el vuelco del plato, desparramándose con ello las ostras por el suelo, llegando incluso a rodar algunas de ellas por debajo del triclinio.

—¡Torpe e inútil esclava! —gritó Asinia, saltando del diván. Agarró a la mujer por el pelo y la abofeteó.

El silencio se adueñó de la estancia, hasta los flautistas dejaron de tocar. Publio se incorporó en el triclinio observando atentamente las actitudes de su hija.

—¿Asinia mía?

—Estoy bien, padre. Esto se arregla con varias decenas de azotes y la restricción del pan hasta que compense la pérdida.

La romana miraba con desprecio a la esclava, encogida cual ovillo en el suelo. Con sucesivas patadas consiguió alejarla de los divanes y, arrastrándola después como si se tratara de un fardo, la sacó de la estancia.

Sin que la armonía de sus facciones se hubiese visto alterada, el rostro de Asinia se dirigió hacia su padre y, al tiempo que regresaba junto a Flavio, volviendo a recostarse en el triclinio, le dedicó una significativa sonrisa. Con un movimiento de mano el senador hizo que los flautistas reanudaran la música y los criados pasaran a servir la *prima cena*.

El suculento plato, compuesto a base de carne de pollo y cordero, contribuyó a suavizar la tensión.

—El servicio está realmente difícil en estos tiempos —comentó Ulpia Agripina, la esposa del senador Galba.

—¡Y que lo digas, querida! —convino Tulia, la joven segunda esposa de Plauto, mientras probaba el pollo cogiendo pedazos del plato más cercano a ella, sobre la mesa—. Y confieso que no consigo tener buen ojo para las esclavas, siempre las escojo holgazanas o lerdas.

—Hay asuntos de los que debemos ocuparnos los hombres —terció el senador Cayo Sempronio con la boca llena de gustosa carne de cordero—. Las mujeres sois demasiado blandas y emocionales, carecéis de astucia y pragmatismo a la hora de comprar esclavos o contratar criados y sirvientes —aseguró el orondo magistrado de profuso cabello castaño.

—Pues mi Asinia se muestra justo al contrario de lo que describes, Sempronio —aseguró Publio con una sonrisa plena de orgullo—. Ella se ocupa con inteligencia de todo lo relacionado con la *domus*, y ya veis que funciona a la perfección.

—Casi... —matizó la joven, con afectado pesar, en referencia el reciente incidente con las ostras.

—¡Oh, mi joven amiga, eso no tiene importancia! —aseguró Lucilla, la enorme matrona romana, esposa de Tesalio—. Tiene un gran mérito que, en tu condición de huérfana de madre, y habiendo perdido también a tu hermano mayor, el pobre Cayo Asinio, te hayas convertido en una mujer tan magnífica. Eres muy afortunado, Mecenás.

Flavio comprendió, de repente, que era objeto de todas las miradas.

—Por supuesto —se apresuró a decir—. Nunca he dudado de que los dioses me hayan bendecido.

Las patricias asintieron, complacidas, en especial la joven Tulia, que no apartaba los ojos de Flavio. El senador Tesalio levantó su copa elevando un brindis por la pareja, al que se unieron todos los comensales.

—Se han criado juntos —intervino Publio—. Ya sabéis que el padre de Flavio era buen amigo mío.

—Y de todos —apostilló Sempronio, sin dejar de comer.

—Servio solía traer con él a Sabina y a sus hijos: a Marco, a su hija Flavia, y al pequeño Lucio —continuó Publio, con marcada melancolía—. Éramos una familia...

Asinia, emocionada, estiró el brazo buscando la mano de su padre, quien se la estrechó con fuerza.

—Pero la tragedia azotó mi casa, descomponiéndonos por dentro y alterando nuestra paz. Las fiebres se llevaron a mi Cayo cuando aún no había cumplido los dieciséis años...

El respetuoso silencio que los invitados regalaron a su anfitrión se mezcló con las suaves notas de las flautas, que parecían haber esperado a ese preciso instante para su tonada más nostálgica.

—Es por ello... —siguió Publio, recuperando el tono vital— que considero a Flavio como a un hijo, y ahora más que nunca que ha perdido a su padre... Me siento responsable de él.

Flavio se removió en su triclinio, incómodo, notando de nuevo el peso asfixiante de las miradas sobre él; Asinia lo observaba con una intensidad difícil de soportar. Por primera vez, no pudo ni quiso mantener sus ojos oscuros en los azules de la joven.

—Eres muy generoso, Publio —intervino Plauto, bebiendo después con lentitud de su copa repujada.

Flavio tensó los músculos. Por el dejo del senador intuyó que se avecinaba tormenta.

—Es mi deber —repuso Polión, al instante—. Y tan profundamente lo asumo que me he implicado en la búsqueda de un nuevo destino a nuestro oficial del ejército romano. Supongo que estarás ansioso por conocerlo, ¿no es cierto?, Mecenas.

Apenas si movió Flavio la cabeza levemente a modo de contestación pues su mente se había vuelto densa y su garganta se hallaba seca. Publio sonreía con malicia manteniendo la expectación.

—Me congratulo de ser buen amigo del recién nombrado gobernador de Siria, Pomponio Flaco, además de sentirme honrado en conocer personalmente al tribuno Mario Metelo, el *laticlavus* de las huestes del prefecto de Judea,

Poncio Pilato, gracias a lo cual, he conseguido recomendar a Marco Flavio para ocupar el rango de decurión en la I Cohorte de Cesarea Marítima.

Flavio se incorporó y abrió los ojos con alarma.

—¡Judea! ¿Me mandas a Judea, Publio? ¿Y qué hay de mi nombramiento como senador? ¿A qué degradarme? ¡Soy tribuno en la legión Augusta!

—Tu legado ya ha firmado la orden de traslado —le susurró Asinia, cerca de su oído.

—Es un magnífico destino para hacer carrera militar y volver a Roma con honores —intervino Sempronio.

—Es tierra hostil para nuestras tropas, ciertamente —advirtió Galba a su vez—, pero el caldo ideal para que el nombre de tu padre sea consagrado, reprimiendo a esos levantiscos judíos.

El hijo de Servio notó cómo le ardía la cabeza y le atacaba un agudo dolor en la boca del estómago. Oía las voces de los senadores lejanas y distorsionadas, como si, de repente, se hallara en el fondo de una tumba. Plauto, que prestaba atención a cada gesto, captó la desazón del romano y esbozó una media sonrisa.

—Piensa con optimismo, Mecenas, si consigues destacar entre las mesnadas de Judea podrás volver a Roma con opciones para la magistratura.

Flavio respiraba con dificultad; la rabia había dado paso a un vacío terrible, y se sentía manejado como un títere.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Asinia al apreciar que su rostro lucía pálido como la cera.

—Podrías acompañarlo, Asinia Polia —sugirió Ulpia—; sé de algunos oficiales que viven junto a sus esposas en Cesarea.

La joven se echó a reír.

—¿Yo, en Judea? Ni soñarlo... Esa es tierra para las legiones romanas. Yo esperaré aquí. Además, es bien sabido que no se facilita la carrera militar a oficiales desposados, y, por supuesto, no pienso ser la concubina de un decurión, yo aspiro a otro futuro con mi Marco —sentenció, sacudiendo su cabeza con altivez, a lo que las patricias asintieron, admiradas y complacientes.

Flavio la miró y una punzada, como de lanza, le hirió bajo las costillas.

—Pues deberías pensar sobre ello —insistió, no obstante, Tulia—, fíjate en Claudia Prócula, la esposa de Pilato, se ha aclimatado perfectamente a Judea.

—No te engañes, amiga —la contradijo Cornelia—, eso es porque se ve obligada, nada más. Yo veo la sensatez en Asinia, que le espere.

Flavio, sin haber probado bocado, fue testigo de cómo nuevos platos, repletos de dulces y frutas confitadas, comenzaron a ser colocados sobre la mesa. Sin compostura ni pudor alguno, los comensales, a excepción de Plauto, se

abalanzaron sobre los pasteles de miel y almendras y las frutas en almíbar espolvoreadas de canela. Asinia, sugerente, cogió una uva y se la acercó a los labios a Flavio, pero él la apartó con brusquedad. Sentado sobre el triclinio, el romano no cesaba de mesarse el cabello de la nuca con evidente nerviosismo.

—No deberías haberle hecho semejante desplante a tu prometida, Marco Flavio Mecenaz —le recriminó Plauto, en tono ácido, al percatarse de su ademán. El romano lo miró de soslayo con ojos afilados, pero se contuvo de lanzarle las palabras que le ardían en las entrañas—. Deberías mostrarte más cuidadoso y agradecido, si hoy estás aquí, vivo, y con perspectivas de mantener la cabeza sobre los hombros, es gracias a Publio.

—Plauto, por favor, déjalo correr... —se apresuró a rechazar Polión sacudiendo la mano derecha; sus ojos, en cambio, brillaron, lo había estado esperando.

—¡No, Publio! —gritó Flavio con rabia, saltando del triclinio—. ¡Oigamos lo que tiene que decir el senador! —le desafió—. Lleva toda la noche acechando, no permitamos que prolongue su agonía...

Plauto pretendió esbozar una sonrisa, pero sus labios se torcieron en una extraña mueca.

—Ya que tú mismo lo solicitas —expuso, con cinismo—, te lo diré: tu padre cometió la mayor de las faltas al suicidarse.

Un silencio de plomo cayó sobre los comensales, tan pesado que asfixiaba.

—Mi padre no se suicidó —negó Flavio con las mandíbulas tensas y haciendo crujir sus nudillos—, su muerte fue causa de enfermedad.

—Entiendo que mentir es lo único que podéis hacer por él, y os respetamos en vuestra falacia, a ti y a tu familia, mas toda Roma sabe ya cuál es la verdad... Aunque, se duda de si fue por cobardía o por vergüenza...

—Deberías medir tus palabras, Plauto —le advirtió Flavio con los ojos febriles y los músculos del brazo crispados, alzando un puño amenazador.

—Alguien había de revelártelo, Mecenaz, al hallarte tú en semejante ignorancia —incidió, con simulado pesar—. Ve que estoy haciéndote un favor —y elevó ante él la copa de vino que tenía en las manos.

En ningún campo de batalla había sentido Flavio tanto miedo como en aquel instante, ni se había percibido tan solo y vulnerable.

—Las persecuciones de Tiberio a los seguidores y colaboradores de Sejano —continuó Plauto, sin concederle tregua— tocaron de lleno a todos los senadores, y a tu padre también, ¡no iba ser Servio una excepción! Y si los presentes hemos mantenido la cabeza sobre los hombros, y continuado al servicio del divino emperador y de Roma, ha sido porque éramos inocentes, leales...

—¿Qué insinúas? Mi padre... ¿un traidor?, ¿uno de los leales a Sejano? ¡Es muy fácil atacar a un hombre noble y clemente cuando está muerto! —clamó con ojos brillantes de ira—. Mi padre no era un cobarde, ¡tú sí, vieja escoria!, por eso te atreves a acusarle ahora, cuando no puede defenderse. ¡Resultas patético, chacal!

—¡Flavio, calma! —intervino Publio, levantándose y yendo hacia él—. Plauto no pretendía ofender a Servio...

—Si ofender es decir la verdad... —apuntilló, por el contrario, el magistrado, sarcástico, volviendo a beber de su copa.

—¡Adelante, senador, termina de escupir el veneno! —le gritó.

—¡Flavio! —exclamó Asinia, nerviosa—. ¡Déjalo ya!

Plauto rio entre dientes, lo que encolerizó aún más a Flavio que dispuso el cuerpo para lanzarse sobre él. Publio y el senador Sempronio corrieron a sujetarlo. Las matronas, afectadas, se revolvieron sobre sus triclinios emitiendo chillidos asustados.

—¿No te atreves, sanguijuela? —le retó Flavio.

—Yo diría que eres tú el que no se atreve a aceptar la verdad. Tu padre no tuvo el coraje de aceptar su sentencia por traición. Servio Flavio era uno de los secuaces de Sejano...

—¡Eso no es cierto! Mi linaje es leal al emperador, desde Augusto —lo interrumpió de nuevo a gritos.

—... y cuando se vio acorralado, optó por quitarse la vida —culminó Plauto a través de los gritos—. Una muerte honrosa en otras circunstancias, mas no en esta, dejando a su familia en el filo de la espada. La familia de un traidor... Por ello es por lo que Publio se ha apresurado a erigirse en vuestro valedor ante Tiberio, ¿entiendes ahora, estúpido hijo de Servio?

—¡Plauto, ya está bien! —le increpó Polión, repentinamente severo.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Flavio con el rostro demudado—. Hueles a carroña...

—Por esa razón —continuó el chacal— te ha conseguido ese nuevo... destino, para que confirmes tu lealtad al emperador y tu familia recupere su honra ante los ojos de Tiberio. Así que, bien podéis correr a agradecer a Publio el seguir con vida.

Flavio se zafó de las manos de los senadores que lo mantenían asido con calculado movimiento, pero lejos de lanzarse a la yugular del chacal, como todos esperaban, el oficial romano recuperó la calma, aun cuando su rostro parecía no tener sangre.

—¿Es eso cierto? —inquirió, mirando a Polión. Este asintió en silencio. Se volvió entonces hacia Asinia—. ¿Tú sabías todo esto? —la interrogó. Al igual que su padre, lo confirmó sin palabras.

Flavio paseó sus ojos oscuros por la concurrencia comprobando que lo observaban presos de sentimientos confusos. Se irguió, altivo. Con gesto arrogante se recolocó la toga sobre su hombro y alisó sus pliegues sobre el pecho. Clavó los ojos en Plauto.

—Mi padre no se suicidó —sentenció, templado—. Quiénes hayan extendido semejante falsedad van buscando su propio beneficio, o quizás sea rencor y envidia postrera lo que les mueven; no quieren dejar descansar su memoria porque tampoco su conciencia les permite estar en paz. Mi padre era un hombre de excepcional nobleza... ¿Debo acatar el destino, o, mejor dicho, el destierro que se me impone para limpiar su nombre y el de mi familia? Lo haré, no tengáis la menor duda, hasta dar mi vida si fuera preciso, pero nunca permitiré que sea manchada su memoria, ¡nunca!, ¿me oís? Aquí y ahora os juro: volveré a Roma con la justificación que se espera de mí por el oprobio, mas no porque os la deba, ni a vosotros ni a magistrado alguno del Senado, pues nadie ha salido en su defensa, sino porque se lo debo a él.

Flavio se dirigió a Publio e inclinó la cabeza. Luego volvió a levantarla con orgullo y, solemne, bordeando los triclinios, salió de la estancia.

Cuando hubo dado varios pasos fuera de ella, adentrándose con ellos en el peristilo, el silencio se rompió: multitud de voces alteradas llegaron hasta sus oídos a través del aire frío de la madrugada. No miró atrás. Pensó, con cierta esperanza, que quizás no todos pensaban como Plauto, o como Publio. Mas, como un golpe de palo, una intensa pesadumbre cayó de repente sobre su alma. Se apoyó en una columna y, abatido, quedó inmóvil mirando al suelo.

—Flavio —lo llamó con suavidad una voz a su espalda.

—Márchate, Asinia, vuelve con tu padre y los senadores —le dijo, seco, sin volverse.

—Vamos, no seas niño...

Entonces sí se volvió y la fulminó con la mirada.

—¿De verdad crees a Plauto?

—¡Qué importa lo que crea o no!, ¡qué importa si es verdad o no! La política solo sirve para envenenar a los hombres. Tú solo hazlo: marcha a Judea y vuelve investido de honores. Entonces, yo seré Cayo, tú Cayo...

Flavio la miró con tristeza.

—¿Y estarías dispuesta a desposarte con el hijo de un traidor?

Asinia avanzó hacia él; Flavio retrocedió.

—Por eso vas a cumplir con tu destino, ¿verdad? —le dijo ella en un repentino tono áspero y ansioso—, para demostrarles a todos que se equivocan.

—¿Y quiénes son todos, Asinia? ¿Plauto y esos cuatro senadores corrompidos por la envidia y la ambición? Ni mi familia ni yo hemos recibido nunca amenazas, no hemos sido reclamados por el emperador, ni desde Capri ni aquí en Roma, para dar explicaciones. Cuando la redada, no nos vimos presionados, no se nos exigieron cuentas, ni uno solo de nuestros bienes fueron requisados, como sí lo hicieron con los de otros sospechosos y colaboradores de Sejano. ¡Todo es una patraña, Asinia, todo es una mentira atroz!

—¡Pues con más razón, amor mío, demuéstralo! —clamó la joven, entonces suplicante.

La hija del senador recorrió el espacio que los separaba. Lo miró a los ojos un instante y lo abrazó. Flavio, en cambio, se resistió a corresponderle, manteniéndose frío y distante, aun sintiendo que el alma se le partía en dos.

—¿Y qué voy a conseguir en una cohorte perdida de Judea? Aunque prosperase, aunque pudiera incorporarme a la legión VI con más oportunidades, ello significaría tiempo, Asinia, mucho tiempo... ¿No te importa? —le preguntó con voz queda.

Asinia se apartó para mirarlo a los ojos.

—Claro que sí, mi amor —le dijo—, cada día me costará respirar...

Sus palabras fueron un revulsivo para Flavio que se abrazó a ella con fuerza.

—... pero te esperaré gustosa si sé que es por nuestro bien, el bien de nuestro nombre, de nuestra familia... —aseguró con el rostro hundido en el pecho del romano—, el de nuestros futuros hijos..., no quiero que sufran por el estigma de la traición, ni que se les niegue lo que les pertenecerá por ley y linaje.

Flavio la asió por los brazos y, bruscamente, la separó de él.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, alarmada.

—No me amas, Asinia.

—¿Por qué dices eso? —inquirió, molesta.

—Amas una imagen, un símbolo que no sangra ni sufre, que no tiene fallos ni debilidades...

—Flavio —le dijo, suavemente, tratando de volver a rodearle con sus brazos; él, firme, la mantuvo apartada—, estás trastornado por lo ocurrido y dices cosas sin sentido. Ve a descansar y, con el día, apreciarás todo con mayor claridad. Vuelve mañana y hablaremos, podremos hacer los preparativos juntos...

—¿Es que no lo ves? ¡Esto nos cambiará, cambiará lo que hay entre nosotros, Asinia! —estalló, con el pecho ardiéndole de dolor.

—¡Por todos los dioses, Flavio, no dramatices! —le increpó ella, irritada—. Solo has de hacer lo que te ha dicho mi padre. ¿Tanto te cuesta? Podría pensar que eres tú el que no me amas por anteponer tu tozudez a mí.

—¿Mi tozudez? ¡Todo esto es por mi padre, Asinia! Tú lo conociste, él te apreciaba...

—Pues haz lo que te han dicho y limpia su nombre —insistió ella con frialdad.

—¿Y mi familia? ¿Qué será de mi madre y mis hermanos?

—Estarán bien —le aseguró—, no te angusties, mi padre velará por ellos. Flavio se cubrió la frente con las manos.

—Me estalla la cabeza —dijo, con el rostro contraído.

La joven extendió los brazos hacia él con la intención de abrazarlo, mas no se lo permitió.

—No me toques ahora, Asinia. Necesito pensar.

Ofendida, la hija de Publio lo miró con desprecio, y una mueca de desprecio rompió la armonía de sus facciones.

—¡Piensa, entonces, Marco Flavio! ¡Piensa! Pero no olvides esto: no te esperaré siempre, y, como bien has dicho, el tiempo juega en tu contra, tú sabrás cómo emplearlo. Si piensas demasiado puede que te encuentres que se te ha escurrido entre los dedos lo que tú creías tener asido, por tu orgullo, Mecenas, o quizás, por tu falta de él.

El oficial romano vio a Asinia darle la espalda y alejarse de su lado cruzando el patio, de vuelta al *triclinium*.

Con el alma rota y un vacío de náusea en las entrañas se encaminó hacia el atrio. Se detuvo junto al *impluvium* pensando que, horas antes, no hubiera podido ni imaginar lo que le esperaba entre esos muros, ni que a su salida de allí su vida se hallaría encadenada a un destino tan incierto como alejado de todo lo que amaba. Miró a su alrededor y trató de despedirse de esa casa, no sabía cuándo volvería, ni si lo haría...

En medio de la oscuridad de la noche y de sus temores, una sombra se movió cerca de él.

—¿Tirio?

La sombra avanzó. Los haces de luz de luna que penetraban a través del compluvium ayudaron a que la sombra adquiriera identidad.

—No, romano, soy Amós.

Flavio dudó un instante.

—Ah, el mercader —dijo, reconociendo al comerciante de vinos—. ¿Te ayudaron con tu carro?

—Por eso estoy aquí —se justificó Amós encogiéndose de hombros y tirando bajo una manta—. A poco de que marcharas, aparecieron unos siervos del senador y arreglaron la rueda. Así, pude traer el cargamento a la *domus*.

—¿Has perdido mucho?

—Unas cuantas ánforas —respondió, vagamente, esbozando una media sonrisa.

Flavio se acercó al mercader. Metió la mano bajo la toga y sacó una pequeña bolsa. Extrajo de ella una moneda.

—Aquí tienes, amigo —le dijo, y puso en su mano un áureo. Amós lo miró asombrado, sin dar crédito, mas frunció el entrecejo e hizo ademán de devolverle la pieza de oro.

—No necesito tu caridad, romano.

Flavio sonrió con tristeza mientras observaba los rasgos semitas del comerciante por entre las sombras de la noche.

—Posees dignidad y eres honrado, Amós. No es caridad lo que recibes sino justicia. Cosa que no hallarás en esta casa. No he podido salir en tu defensa esta noche pues ni siquiera he podido luchar por la mía. Comprometí mi palabra al asegurarte que no perderías beneficios por el vino desperdiciado y cumplo contigo. Espero que sea suficiente...

Amós volvió a mirar el áureo, que emitía destellos dorados al choque del metal con la luz de la luna.

—Más que suficiente, romano.

—Me alegro de ello. Saldré entonces de esta casa con una carga menos...

Amós suavizó la mirada.

—Rezaré por tu paz y salud, romano. Espero volver a cruzarme contigo por el camino; con hombres como tú merece la pena el reencuentro.

—No creo que haya muchos, en estos momentos, que piensen de igual manera —apreció, con tinte amargo—. Sería un honor también para mí, aunque lo considero más que improbable pues me destinan a Judea.

Los ojos del mercader brillaron de manera intensa; posó su mano izquierda sobre el hombro de Flavio.

—Los caminos del Altísimo son misteriosos, romano. Yo... soy judío.

Mecenas fijó su mirada en él.

—Quizás mi vida no acabe aquí después de todo. Y quizás volvamos a encontrarnos, y, sin duda, lo entenderé como una señal de los cielos.

—*Shalom*, Flavio.

